

resolvieron seguir adelante y llegaron a la basílica de San Vicente (1), situada en el término de Agen, en el punto donde dicen que sufrió este santo el martirio por la fe de Cristo. Encontraron la basílica repleta de todo lo mejor que los habitantes tenían, porque éstos creían que cristianos nunca profanarían ni violarían el santuario de un mártir tan grande. La huerte encontró las puertas sólidamente cerradas y fortificadas, y no pudiéndolas abrir, les pegaron fuego y cuando estuvieron consumidas se llevaron todo lo que allí encontraron, juntamente con los objetos sagrados del templo. A muchos, sin embargo, alcanzó el castigo de Dios, porque se quemaron las manos y despidieron tanto humo como puede despedir un incendio; otros se volvieron locos furiosos, impulsados por la fuerza del espíritu maligno, y otros, lejos de toda lucha y tumulto, se hirieron con sus propias picas. Los demás pasaron adelante muy intimidados y se reunieron cerca de Comminges, en cuya campiña acamparon y se fortificaron, asolando todo el país, y muchos, á quienes la codicia hizo alejar demasiado, murieron á manos de los habitantes.

»Muchos subieron la montaña para retar á Gundobaldo, diciéndole: «¿No eres tú aquel pintor que en tiempo de Clotario solía embadurnar las paredes y cámaras de los oratorios? ¿No eres tú aquel á quien se solía llamar en la Galia Balomero; aquél á quien los reyes francos á causa de sus pretensiones raparon la cabeza y proscibieron? Dí, desgraciado, ¿quién te ha traído á esta tierra? ¿quién te ha dado el atrevimiento de pisar el territorio de nuestros señores reyes? Si alguien te ha llamado á este país dílo en voz alta, porque ya tienes la muerte delante; pronto caerás de cabeza en tu perdición y ruina que tanto tiempo estás buscando. Nombra tus satélites uno por uno y dínos quiénes son los que te han hecho venir.» Al oír esto Gundobaldo, aproximóse cuanto pudo, porque estaba encima de la puerta de la ciudad y dijo: «Nadie ignora que mi padre Clotario no me quería, y sabido es también que él y mis hermanos me raparon la cabeza. Por este motivo marché á reunirme con Narsés, el prefecto de Italia; allí me casé y tuve dos hijos, y cuando quedé viudo, fui con éstos á Constantinopla, donde me recibieron los emperadores bondadosamente y allí viví hasta poco há. Cuando hace algunos años llegó á Constantinopla Gontran Boso, le pregunté solícitamente por mis hermanos y supe que nuestra familia había quedado muy reducida y que solo vivían Gontran, mi hermano, y Childeberto, mi sobrino, porque Chilperico y sus hijos habían perecido, dejando solo Chilperico un niño pequeño; supe que mi hermano Gontran no tenía hijos y que nuestro sobrino Childeberto no tenía casi fuerza alguna. Hábiéndome expuesto todo esto Gontran Boso, invitéme á venir, y me dijo: «Ven, porque te llaman todos los principales del reino de Childeberto y contra éstos nadie se atreve, pues todos saben además que eres hijo de Clotario y que en la Galia ya no queda otro para reinar en este imperio, si no vienes tú.» Le obsequié con muchos regalos y le hice jurar en doce sitios sagrados que yo podría venir á este reino con toda seguridad y sin peligro. Así llegué á Marsella, cuyo obispo me recibió con suma bondad, pues tenía en su poder cartas en que los principales del reino de mi sobrino se lo encargaban así, con promesas de su seguro apoyo. De allí retrocedí á Aviñón, conforme al deseo y á los consejos del patrio Múmol. Entonces, sin embargo, Gontran Boso se apoderó de mis tesoros, olvidando sus promesas y juramentos. Reconoced, pues, ahora que soy rey, tan rey como mi hermano Gontran; pero si tan grande odio me teneis, llevadme por lo menos á presencia de vuestro rey, y con tal que me reconozca por hermano suyo, haré lo que á él le plazca.

(1) En una población llamada *Pombeiactus*, cerca de Agen.

Si esto tampoco os conviene, permitidme á lo menos volver allí de donde he venido, y me marcharé sin hacer daño á nadie. No obstante, á fin de que sepais que digo la verdad, preguntadlo á Radegunda en Poitiers y á Ingotruda en Tours; ellas confirmarán que todo es como yo digo.» Así habló mientras muchos de los que estaban oyéndole le insultaban y hacían ludibrio de él.»

Excita verdaderamente nuestra compasión este pretendiente infeliz convencido con entera buena fe de su derecho, que habiendo pasado sus mejores años entre gente entonces la más culta que se conocía, había caído en las garras de sus feroces compatriotas, sin fe ni idea de honor, de lealtad, ni de generosidad.

«Quince días había durado el sitio cuando Leudigiselo (2) acercó nuevos ingenios para destruir la ciudad, á saber: grandes carretas con arietes, tejidos de mimbres y vigas debajo de los cuales la huerte debía dar el asalto y destruir los muros; pero al aproximarse recibieron tal lluvia de piedras, de barriles de pez y de grasa inflamados, que perecieron cuantos hombres se acercaron á las murallas, y cuando la noche puso fin al combate los sitiadores se retiraron á su campamento.

»Hallábase entonces en compañía de Gundobaldo un tal Cariulfo, hombre riquísimo y poderoso que poseía en la ciudad grandes depósitos de toda clase de provisiones, de las cuales se mantenían los sitiados principalmente. Bldasto, entretanto, temiendo que Leudigiselo podría muy bien apoderarse de la ciudad y hacerles degollar á todos, pegó fuego á la casa de la iglesia, y mientras los sitiados corrían para apagar el incendio, evadióse él de la ciudad.

»A la mañana siguiente volvieron los de fuera á sus trabajos de ataque y trataron de llenar el foso profundo del lado de Oriente; pero nada consiguieron con esto.

»El obispo Sagitario recorría con frecuencia armado las murallas y arrojaba con sus propias manos piedras sobre los sitiadores.

»Viendo éstos que nada adelantaban, enviaron emisarios secretos á Múmol, los cuales le dijeron: «Vuelve á reconocer á tu señor y deja esta locura. ¿Qué demencia te impulsa á subordinarte á una persona desconocida? Tu mujer é hijos están presos, y tus hijos acaso han perecido ya. ¿A qué fin te precipitas? ¿Qué puedes esperar más que la muerte?» A este mensaje contestó: «Id, ya veo que nuestras fuerzas menguan y nuestra causa se acerca á su fin. Un recurso queda; si yo tuviera seguridad de conservar la vida podría ahorrarme mucho trabajo.» Con esta contestación se marcharon los mensajeros, y Múmol se reunió con el obispo Sagitario, Cariulfo y Vado en la iglesia, donde mutuamente se juraron abandonar la causa de Gundobaldo y entregarle á sus enemigos si éstos les garantizasen la vida. Volvieron los mensajeros y les aseguraron la vida, y entonces dijo Múmol: «Si cumplís esa palabra os entregaré á este hombre. Reconozco al rey como señor mío y me daré prisa á presentarme á él.» A esto le contestaron los mensajeros que si él cumplía, ellos le prepararían buen recibimiento de parte del rey y en caso de no conseguirlo le ocultarían en una iglesia á fin de que salvara su vida. Esto lo prometieron bajo juramento y se separaron.

»Múmol, el obispo Sagitario y Vado fueron á ver á Gundobaldo y le dijeron: «Bien conoces los juramentos de fidelidad que te hemos prestado; ahora sigue el consejo saludable que te damos: Sal de la ciudad y preséntate á tu hermano como tantas veces has deseado; nosotros hemos hablado con su gente y nos han dicho que el rey no quiere quitarte la

(2) El caudillo que lo dirigía.

vida, ya que tan pocos quedan de vuestra raza.» Gundobaldo comprendió su astucia y dijo vertiendo lágrimas: «Por aceptar vuestra invitación me encuentro en este país; de mis tesoros, que se componían de una cantidad inmensa de oro, plata y diversas joyas, ha quedado mucho en la ciudad de Aviñón, y mucho ha robado Gontran Boso. Después de la ayuda de Dios había puesto toda mi confianza en vosotros; á vosotros he confiado mis planes, y siempre he deseado ocupar el poder con vuestro concurso. Ahora responderéis ante Dios si me habeis engañado con mentiras: Dios será nuestro juez.» A esto le contestó Múmol: «En nada te engañamos; pero mira, ahí ya te aguardan junto á la puerta los más valientes. Quitate ahora mi cinturón de oro, que llevas, á fin de que no parezcas presuntuoso; ponte tu espada propia y devuélveme la mía;» mas á esto replicó Gundobaldo: «No soy tan simple que no conozca tu intención: quieres recuperar lo que hasta ahora he llevado por amistad tuya.» Múmol le juró que no se le haría ningún daño.

»Habiendo traspasado la puerta fueron recibidos por Olo, el gobernador de Bourges y Boso. Hecha la entrega de Gundobaldo, volvieron á entrar en la ciudad Múmol y sus compañeros, y fortificaron la puerta. Cuando Gundobaldo se vio vendido á sus enemigos, levantó las manos y los ojos al cielo y dijo: «¡Juez eterno y vengador de la inocencia, Dios, fuente de toda justicia, que detestas la mentira y eres ajeno á toda falacia, arteria y perversidad: á tí te encomiendo mi causa y te suplico que hagas caer pronto tu venganza sobre los que me han entregado, siendo como soy inocente, á mis adversarios.» Dicho esto se persignó, y se puso con los dos sujetos citados en camino. Cuando se habían alejado algo de la puerta y habían llegado al punto donde, como en todo el rededor de la ciudad, empieza á bajar el terreno formando escarpa, Olo le dió un empujón y el infeliz rodó hácia abajo. Entonces gritó Olo: «Ved aquí á vuestro Balomero, que se titula hijo y hermano de rey,» y diciendo esto le arrojó su lanza para atravesarlo; pero el arma rebotó contra las placas de su lorica y no le hizo daño. Levantóse el infeliz y quiso volver á subir; pero Boso le arrojó una piedra que le dió en la cabeza y le mató. Entonces acudieron cuantos pudieron y le atravesaron con sus picas, le ataron una cuerda á los pies y le arrastraron por todo el campamento; le arrancaron sus largos cabellos y la barba, y finalmente le dejaron sin darle sepultura en el punto donde encontró la muerte.

»A la noche siguiente los principales de la ciudad recogieron sigilosamente todos los tesoros que encontraron, sin exceptuar las alhajas de la iglesia, y los ocultaron. Por la mañana abrieron la puerta de par en par y el ejército enemigo penetró en la ciudad y mató á toda la gente que encontró sin dejar una sola persona con vida, porque hasta los sacerdotes con sus servidores y criados fueron degollados al pié de los altares. Después los enemigos pegaron fuego á la ciudad, que con las iglesias y demás edificios quedó completamente arrasada.

»Leudigiselo se llevó al campamento á Múmol, Sagitario, Cariulfo y Vado, pero al mismo tiempo envió secretamente mensajeros al rey para saber lo que debía hacer con ellos, y el rey le envió orden de darles muerte. Cariulfo y Vado pudieron marcharse dejando sus hijos en rehenes, y cuando Múmol conoció que había llegado el orden de matarle, se ciñó sus armas (ofensivas y defensivas) y entró así en la choza de Leudigiselo, que le dijo: «Vienes como si estuvieses á punto de huir;» á lo cual Múmol le contestó: «Segun veo, no se cumple fielmente lo prometido. Me hallo al borde de la tumba.» A esto dijo el otro: «Saldré y lo calmaré todo;» pero apenas hubo salido, mandó rodear la barraca y matar á Múmol. Este se defendió y llegó luchando hasta la puerta,

pero al salir le atacaron dos con sus lanzas, cada uno por un lado; cayó herido y allí murió.

»Al ver esto, el obispo Sagitario se acobardó y tembló por su vida. Uno de los que allí estaban le dijo: «Ya ves, obispo, por tus propios ojos lo que pasa; cúbrete la cabeza para que no te conozcan y huye al bosque, donde podrás ocultarte algún tiempo hasta que haya pasado la tempestad; entonces podrás escapar con vida.» El obispo siguió el consejo, cubrió su cabeza y quiso huir, pero uno de los hombres sacó la espada y le cortó la cabeza con la capucha.»

La matanza de sus semejantes era para aquella gente feraz un placer y una pasión, solo sobrepujados por su codicia y por la informalidad con que faltaban á todos los juramentos aunque fuesen hechos en los lugares más sagrados. Veneraban los templos por temor estúpido, pero hasta este temor era acallado por su codicia y sus pasiones.

«Concluida la guerra regresaron todos á su respectivo país, saqueando y degollando terriblemente en todo el camino (es decir, casi siempre en país amigo).

»Por aquellos días Fredegunda envió á un tal Cupa (1) á Toulouse para que sacara de allí del modo que pudiese á su hija, bien que muchos suponían que su verdadera misión era de entenderse con Gundobaldo en caso de encontrarle vivo y llevarlo con grandes promesas al lado de Fredegunda; pero como esto ya no podía ser, encargóse de Riguntis y la devolvió, chasqueada y humillada, á su madre (2).

El jefe Leudigiselo entregó al rey todo el rico botín que en su lugar mencionamos, y el rey lo distribuyó más adelante entre iglesias y pobres. También preguntó el rey á la viuda de Múmol, á quien conservaba prisionera, lo que había sido de los tesoros que su esposo y demás habían reunido, y cuando ella supo que su esposo era muerto y que su soberbia extremada no tenía ya razón de ser, lo descubrió todo y dijo que en la ciudad de Aviñón había todavía mucho oro y plata que el rey ignoraba. Con esta noticia el rey envió en seguida hombres para que le llevaran todo, á cuyo fin les dió un criado de confianza de Múmol. Estos se apoderaron de todo y cuentan que encontraron más de 250 talentos de plata y más de 80 talentos de oro, lo cual se decía que procedía de un tesoro que Múmol había encontrado. El rey partió estas riquezas con su sobrino Childeberto y dió su parte casi entera á los pobres (3). A la viuda de Múmol solo dejó lo que ésta había recibido de su familia.

«Entonces fué presentado también al rey un siervo de Múmol cuya estatura excedía en dos ó tres piés á la de los hombres más altos que se conocían; era carpintero y murió poco después.

»Publicóse una orden por cada gobernador para que todos los que no hubieran tomado parte en la expedición pagaran la multa, y el de Bourges envió también á su gente á cobrar estas multas hasta en las fincas que (la basílica de) San Martín poseía en el territorio de Bourges. El administrador de estas fincas se resistió y dijo: «Estos hombres pertenecen á San Martín, ¡cuidado con hacerles daño! porque hasta ahora no ha sido costumbre hacerles salir á campaña por semejantes causas.» A esto contestó uno de los enviados: «No tenemos nada que ver con tu Martín á quien siempre sacas á lucir sin razón alguna en semejantes ocasiones. Tú y estos hombres pagaréis las multas porque no habeis hecho caso de la orden del rey.» Así habló y se dirigió al vestíbulo de la casa, pero al instante le acometió un dolor que le hubo de hacer caer en el suelo y fué empeorando por momentos. Entonces

(1) Que había sido caballero de Chilperico.

(2) Porque el casamiento no se verificó, y su dote y numerosa servidumbre se habían evaporado.

(3) Hay que entender que lo dió á las iglesias para los pobres.



llamó al administrador y le dijo en tono suplicante: «Haz la señal de la cruz sobre mí, é invoca por mí á San Martin, porque ahora he visto cuán grande es su poder, porque al entrar en el vestíbulo ví á un anciano que sostenia con su mano un árbol; este fué súbitamente cubriendo todo el vestíbulo y una de sus ramas que me tocó me ha hecho caer sin sentido en tierra.» Dicho esto, hizo seña á los suyos para que le sacasen de allí, y cuando estuvo fuera, empezó á invocar con fervor al santo, y desde entonces se alivió y curó.

»Desiderio se refugió con todo lo que tenia detrás de las murallas de los castillos; Vado, el mayordomo de Riguntis fué á ver á Brunequilla, que le recibió muy bien, le hizo regalos y le dejó marchar. Cariulfo se refugió en la basílica de San Martin.

»En aquel tiempo habia una mujer que tenia espíritu profético, y habia hecho ganar mucho dinero á sus amos con sus pronósticos, tanto que le habian dado la libertad, podia hacer lo que queria y vivir con entera independencia. Cuando se cometia un robo ó álguien habia sufrido cualquier otro daño indicaba ella al instante dónde estaba el ladrón, á quién habia confiado el robo y lo que habia hecho con él. Con esto amontonó cada dia mas oro y plata, é iba tan engalanada, que el pueblo creia que era un sér divino. Sabedor de esto el obispo Agerico de Verdun (1) mandó prenderla y conducirla á su presencia. Entonces conoció que aquella mujer estaba poseida de un espíritu profético impuro, como nos lo presenta la historia de los apóstoles, porque cuando pronunció el exorcismo y ungió la frente de la mujer con el sagrado óleo, el espíritu maligno dió un grito, y así le conoció el obispo. Este, no habiendo logrado expulsarlo, dejó á la mujer en libertad, y ella, viendo que en aquella poblacion no podia ya vivir (con seguridad), se retiró al lado de la reina Fredegunda, que la tuvo oculta.

»En este año hubo una hambre muy grande y prolongada en toda la Galia, tanto que mucha gente hacia pan de orujo y de flores de avellano; otros recogian las raíces de helecho, las secaban, molian y mezclaban con un poco de harina; otros cortaban y comian el sembrado verde todavía, y otros que no tenian harina ninguna, arrancaban y comian toda clase de yerbas, de cuyas resultas se hincharon y perecieron, y muchísimos murieron de consunción y tisis por falta de alimento. Entonces los comerciantes esquilmaron al pueblo, porque apenas querian vender una fanega de trigo ó cuatro litros de vino por un tercio (2). Los pobres para comer poco y mal se vendieron por siervos de la gleba.

»En aquel tiempo llegó un comerciante llamado Cristóforo á Orleans, porque habia oido que habia allí mucho vino, y despues de haber hecho sus compras y embarcado la mercancía, salió de la ciudad montado en su caballo, con una gran suma de dinero que habia recibido de su suegro, y acompañado de dos mozos, criados sajones, que hacia tiempo odiaban á su amo, porque les hacia azotar con frecuencia y dureza, por cuya razon se habian fugado repetidas veces. Al llegar á un bosque, y yendo su amo adelante á pié, uno de los mozos le arrojó por detrás su pica con tal ímpetu que le atravesó, y cuando cayó acudió el otro y le partió la cabeza con su framea. Los sajones se apoderaron del dinero y huyeron, dejando tendido en el sitio el cadáver. Acudió á enterrarle el hermano del difunto, y envió á sus hombres en persecucion de los esclavos asesinos, al menor de los cuales cogieron y ataron mientras el mas viejo huyó con el dinero.

(1) Que ocupaba la silla episcopal desde casi medio siglo antes. Fortunato le celebró en varias poesías.

(2) La tercera parte de un *denario*, equivalente á diez reales de plata, pero su valor comercial era entonces igual á 25 pesetas y mas de hoy.

Por el camino, el preso, que estaba mal atado, pudo coger una pica, con la cual mató á uno de los que le custodiaban, y al entrar en Tours fué sometido á diferentes tormentos, mutilado y muerto en la horca.

»Terribles contiendas hubo entonces entre vecinos de Tours (3). Sicaro, hijo del difunto Juan, y otros francos de la comarca, entre ellos Austrigiselo, celebraban la fiesta de Navidad en la aldea de Manthean (4). El sacerdote del lugar envió á un mozo suyo á invitar á algunos hombres á un festin en su casa, y uno de los invitados (5) no tuvo reparo en sacar su espada y acometer al mozo, que quedó allí tendido muerto. Al saber esto Sicaro, que era amigo particular del cura, vistió sus armas (ofensivas y defensivas) y aguardó en la iglesia á Austrigiselo, el cual avisado de lo que le esperaba, armóse tambien y marchó contra el otro. Cuando la riña se generalizó y cada partido repartía sus golpes en medio de la confusion, fué sacado de ella Sicaro por los clérigos y pudo llegar á su hacienda dejando en la casa del cura con la plata (6) y las prendas de vestir cuatro criados heridos. Fuera Sicaro embistió Austrigiselo de nuevo, mató á los criados y se llevó los objetos de oro y plata y demás de Sicaro. En el tribunal que se formó por los vecinos reunidos (7), al cual los contendientes se presentaron, Austrigiselo, por homicida, y por haberse quedado, despues de matar á los mozos, con la las cosas pertenecientes á Sicaro sin autorizacion de la audiencia (reunion) judicial, fué condenado á pagar la correspondiente multa é indemnizacion. A los pocos dias de haberse verificado la audiencia, supo Sicaro que los objetos robados por Austrigiselo estaban en casa de Auno y en la del hijo de Austrigiselo y de su hermano Eberulfo; y sin hacer caso del juicio celebrado prefirió hacerse justicia él por su mano, se unió con Audino, y ambos penetraron con hombres armados, de noche y á la fuerza, en la casa habitacion en la cual sus enemigos dormian, mataron al padre, al hijo, al hermano y á los siervos, y se llevaron con los objetos robados las demás cosas y el ganado. Cuando supimos lo ocurrido (el obispo Gregorio habla de sí) fué grande nuestra afliccion, y enviamos en union con el juez, recado á los interesados de una y otra parte citándoles ante nosotros, á fin de que se sometiesen á la razon y despues se separasen en paz para poner fin á la contienda. Vinieron, y en presencia de los ciudadanos reunidos les dije: «Deteneos en vuestras pendencias criminales á fin de que el mal no se extienda. La Iglesia ya ha perdido varios hijos, y tememos que esta contienda le cueste todavía otros. Os lo suplico, aquietaos, y el que haya cometido un daño que pague la composicion á fin de que reine la caridad y seais hijos pacíficos de Dios, dignos de entrar en su reino, porque El mismo lo ha dicho: «Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios.» Mirad, si aquel á quien tocase pagar daños no tuviere medios de hacerlo, le rescatará la iglesia con su plata, para que no se pierda un alma cristiana,» y diciendo esto les ofreció el dinero de la iglesia.»

¡Admirable ejemplo de que, aun en aquella época de barbarie siniestra y de ignorancia crasa, vivia bajo la rústica corteza de la supersticion el espíritu sublime del cristianismo, cuya manifestacion mas pura es la caridad!

(3) Habla de francos propietarios en el territorio de Tours, que si eran algo poderosos tenian tambien una ó mas casas en la ciudad, pero solian vivir entre sus siervos en su propiedad rural y pasar solo á la ciudad en las grandes fiestas de la iglesia.

(4) Distrito de Loches, cerca de Tours.

(5) Por pura soberbia y quizás alentado por el vino.

(6) Su copa y otros objetos, que se llevaban á las fiestas y convites para hacer gala de sus riquezas.

(7) Los francos y principales de Tours ó del distrito, presidido por el gobernador.

«Pero el bando de Gramnisindo (1), empero, que queria vengar la muerte de su padre, tío y hermano, no admitió la composicion, y las partes se separaron sin avenencia. Sicaro se propuso ir á ver al rey, y se dirigió antes al país de Poitiers, donde tenia su esposa (2); pero pegando un dia rudamente con una vara á un siervo suyo para hacerle trabajar mas, el siervo le arrancó la espada y le hirió y le dejó tendido en el suelo. Acudieron los amigos del amo, cogieron al siervo, le golpearon atrozmente, le cortaron manos y piés, y le ahorcaron. Corriendo la voz de que Sicaro habia muerto, juntóse Gramnisindo con sus parientes y amigos y fueron á la casa de Sicaro, la saquearon, y despues de matar á varios de sus siervos, la incendiaron juntamente con otras pertenecientes á los colonos, y se llevaron con el ganado todo lo demás que pudieron mover. El juez (ó sea el gobernador) llamó á las dos partes contendientes á la ciudad, donde cada una defendió su causa como pudo, siendo el resultado que el que se habia negado á admitir la primera composicion (que era Gramnisindo) y habia incendiado despues las casas del otro, se tuvo que contentar con la mitad de la indemnizacion. Esto en rigor era contra la ley, pero se hizo así para calmar á los contendientes para que tocara á Sicaro el pago de la otra mitad. La iglesia (es decir el obispo Gregorio) pagó el dinero y los dos partidos se dieron mutuamente seguridades con su firma de renunciar para siempre á toda otra reclamacion. Así quedó concluida la contienda (3).

»El rey Gontran, en el año vigésimo cuarto de su reinado (en 585) salió de Chalons y se dirigió á Nevers, porque estaba invitado á Paris para sacar de pila al hijo de Chilperico, que entonces era ya llamado Clotario. Saliendo de Nevers llegó á Orleans, donde se presentó á la poblacion con toda magnificencia. A invitacion de los ciudadanos fué á los banquetes que le dieron en sus casas, admitió los ricos regalos con que le obsequiaron y correspondió liberalmente con otros. Llegó á Orleans cabalmente en el cuarto dia del quinto mes (4), en que se celebraba la fiesta de San Martin. Una multitud innumerable con enseñas y pendones le fué á recibir cantando himnos de alabanza. Allí se oyó la lengua de los sirios, la de los latinos (5) y hasta la de los judíos, entonando cada grupo sus loas, que todas venian á decir: «¡Viva el rey y extiéndase su reino sobre los pueblos por años sinnúmero!» Los judíos, que tambien formaban coro, cantaban: «Todos los pueblos te han de adorar, han de doblar ante tí las rodillas y han de reconocerte por dueño.» Esto hizo decir al rey cuando despues de la misa estaba comiendo: «¡Ay de este pueblo judío, tan malo y pérfido, y meditando siempre astucias! pues por esto mismo me dirigia hoy loas halagadoras á fin de que haga yo reconstruir por el fisco su sinagoga, destruida por los cristianos; pero nunca lo haré, pues así lo manda el Señor.» ¡Qué rey tan grande, y cuán admirable su sabiduría, que le revelaba la astucia de los herejes (léase los judíos), que nada pudieron conseguir de cuanto mas adelante le propusieron! Hacia el fin de la comida dijo el rey á los obispos presentes: «Os suplico que os digneis darme mañana en mi casa vuestra bendicion; vuestra visita me hará feliz

(1) Otro hijo de Auno.

(2) Que se llamaba Tranquilla, sin que por esto fuese precisamente de linaje romano, como tampoco lo era el padre de Sicaro, á pesar de llamarse Juan. Por lo demás, empezaban entonces á ser ya frecuentes los matrimonios mixtos.

(3) Pero segun refiere Gregorio en el libro 9, cap. 19, estalló pronto de nuevo.

(4) El 4 de julio. Gregorio de Tours empezaba todavía el año con el mes de marzo.

(5) De los italianos, cuyo latin vulgar se distinguia naturalmente ya del latin, siquiera por la pronunciacion del hablado en la Galia, como precursor respectivamente del idioma italiano y del francés.

porque me asegurará, á pesar de mi escaso mérito, vuestras bendiciones.» Dicho esto, le dimos las gracias, y nos levantamos cuando la comida estaba concluida.»

¡Pobres judíos, en los cuales todo habia de ser maldad y perfidia! y, ¡cuán grande la satisfaccion de Gregorio, que estaba muy lejos de ser un fanático feroz, al ver que el rey Gontran no se dejaba engañar por las loas halagüeñas de aquellos astutos descreidos!

«A la mañana siguiente, cuando el rey visitó los sitios sagrados para orar, llegó tambien á nuestra morada (la de Gregorio), que estaba en la basílica del santo abad Avito, del cual hablamos en nuestra obra de los milagros. Me levanté muy diligente para recibirle, imploré la bendicion de Dios para él, y le supliqué que se dignara recibir en mi morada el pan bendito de San Martin. Aceptó, entró, vació una copa de vino, me invitó á comer y se retiró muy contento y alegre.

»Conservaba el rey á la sazón mucho odio á Bertran, obispo de Burdeos, y á Paladio, obispo de Saintes, porque habian recibido á Gundobaldo, como dijimos en otro lugar, sin contar que Paladio le habia irritado con mentiras y perfidias varias y repetidas. Por haber admitido á Gundobaldo y consagrado por su órden obispo á Faustiano habian sido ambos hacia poco llamados ante una reunion de los demás obispos y varones principales. En su declaracion Paladio se atribuyó á sí propio toda la culpa para dejar á salvo á su metropolitano, excusándose de paso del mejor modo que pudo diciendo: «Mi metropolitano sufría entonces muchísimo de la vista, y yo, despojado de todo lo mio, y ultrajado, fuí conducido contra mi voluntad á aquella poblacion donde no podia hacer mas que lo que me obligó á hacer aquel que aseguraba ser el dueño de toda la Galia.» Cuando el rey se hubo enterado enfadóse tanto que costó mucho trabajo inducirle á invitar á estos dos obispos á la comida. Como hacia tiempo que no los habia visto, preguntó cuando Bertran entró: «¿Quién es este?» Se le dijo: «Es el obispo Bertran de Burdeos;» entonces le dijo el rey: «Te damos las gracias por la fidelidad que has guardado á tu familia, porque bien sabes, padre venerable, que eres pariente nuestro por la parte de nuestra madre, y no debieras haber traído á tu familia aquella peste del extranjero (6).» Despues de haber dicho esto y otras cosas por el estilo, se dirigió á Paladio y le dijo: «Tampoco á tí, obispo Paladio, tengo que agradecer gran cosa, porque tres veces has faltado á tu juramento de fidelidad, lo cual es muy triste tenerlo que decir de un obispo; me has escrito cartas llenas de falsedades, en ellas me dabas excusas, y por medio de otras cartas invitabas á tu ciudad á mi hermano Chilperico (7); pero Dios ha amparado mi causa. Siempre me he aplicado á protegeros como padres de la Iglesia, pero vosotros habeis procedido siempre con falsedad conmigo.» A los obispos Nicasio de Angulema y Antidio de Agens (8), dijo: «Decid, santísimos padres, ¿qué habeis hecho en beneficio del país y para la conservacion de nuestro imperio?» Callaron, y el rey se lavó las manos, recibió la bendicion de los obispos y se sentó á la mesa con cara alegre, como si no hubiese hablado de las traiciones que le habian hecho. Concluida la comida, mandó el rey que yo hiciera cantar el salmo á mi diácono que el dia antes habia cantado en la misa el responsorio; mientras estaba cantando mandóme el rey que dijese á los obispos presentes que tambien hiciesen cantar delante del rey á los clérigos de sus respectivas iglesias. Así lo hice, y cada uno cantó tan bien como podia su salmo de responsorio delante del rey.

»Al ponerse en la mesa los diferentes manjares, habianos

(6) Alude al pretendiente Gundobaldo.

(7) Para que se apoderara de ella como lo hizo, segun se dijo antes.

(8) Ambos firmaron las resoluciones del 2.º sínodo de Macon. — Ruinart.